

LUCAS, TEÓLOGO DEL AÑO JUBILAR

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

La doble obra de Lucas –tercer evangelio y *Hechos de los Apóstoles*– es uno de los monumentos literarios de la Iglesia primitiva y constituye el primer gran intento de la segunda generación cristiana de autocomprenderse dentro de la Historia de la Salvación, que comenzó con Israel, llegó a su culmen con Jesús y sigue ahora en la Iglesia. Dentro de esta perspectiva general, el tema del año jubilar es uno de los grandes temas teológicos que dan unidad a su teología. Todo el que ha leído a Lucas sabe que insiste en los temas del perdón, la misericordia, el compartir y una actitud muy crítica ante las riquezas. Este trabajo intenta hacer ver que la clave que da unidad a estos diversos temas es el Año Jubilar proclamado por Jesús. Para ello primero se expone brevemente el sentido del jubileo en el AT, y, a continuación, cómo Jesús presenta su obra como cumplimiento del jubileo y cómo Lucas desarrolla las diversas implicaciones de este cumplimiento.

1. Introducción. El Año de Gracia del Señor

Es sabido que el ministerio de Jesús dura sólo un año, según la tradición de Marcos, a diferencia de la tradición joánica, en la que es más amplio, posiblemente de tres años. Lucas, al tomar esta tradición de Marcos, presenta este año como el año de gracia del Señor, el año del jubileo. Es un año que comienza con el bautismo de Jesús en el Jordán y termina con su muerte-resurrección y exaltación, con la que consigue para los hombres un nuevo tipo de liberación, radical y total que afecta a toda la persona y su historia.

El *bautismo* es importante: Jesús realiza un gesto de solidaridad y el Padre le da su Espíritu y le unge como profeta escatológico, encargado de la misión de hacer realidad el ideal del jubileo. Presentando las circunstancias en que Jesús fue ungido, Lucas explicita que fue *en un bautismo general*, cuando todo el pueblo se bautizaba; es decir, que el bautismo de Jesús no fue un mano a mano entre él y el Bautista, como lo presentan Marcos y Mateo. Jesús no estaba solo sino rodeado del pueblo, perdido en un grupo de pecadores que recibían el bautismo. Hace un acto de solidaridad con los pecadores en la línea del Siervo de Yahweh: su bautismo es un echar sobre sí el pecado del mundo. Otra circunstancia fue la

oración. Jesús hace un acto de solidaridad en contexto de oración, es decir, se siente hermano de la humanidad pecadora e hijo del Padre. Y el Padre responde a este gesto ungiéndolo como profeta-siervo de Yahweh: le da una gracia especial del Espíritu Santo y le declara hijo-siervo, aludiendo implícitamente al primer poema del Siervo: *Tú eres mi hijo amado, mi elegido*. El Espíritu guiará a Jesús en su tarea.

Lo primero que hace el Espíritu es llevarle al lugar de la prueba para que ponga en orden sus ideas y los criterios de su actuación: obrará siempre de acuerdo con la voluntad del Padre, asumiendo con total confianza todas las consecuencias, incluso la muerte, y sin tentar a Dios ni apoyarse en poderes mundanos. Después de esto, el Espíritu lo conduce a Nazaret para que comience su ministerio. Jesús lo hace en la sinagoga del pueblo durante un culto sinagogal de sábado; lee el texto de Is 61,1-2 y proclama el cumplimiento en su persona. Lo narra Lc 4,14-22a:

«Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. E iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos. Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí porque me ha ungió, para evangelizar a los pobres me ha enviado, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Y enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura, que acabáis de oír». Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras de gracia que salían de su boca».

Para comprender adecuadamente esta escena, conviene situar en su contexto teológico el texto citado de Isaías, recordando algunos datos sobre el año sabático y el año jubilar en el AT.

2. Año sabático y jubilar

Año sabático y jubilar son dos celebraciones íntimamente relacionadas y con una evolución no muy clara. La razón del año sabático es la liberación del pueblo: Dios lo libró de la esclavitud de Egipto y no quiere esclavitudes en su pueblo. Ha dado a su pueblo libertad, tierra y medios para vivir y vela por su conservación. Por ello la finalidad del año sabático era preservar la identidad del pueblo de Dios y su igualdad social.

Son varios los textos que hablan del año sabático, de diversas épocas, y que reflejan la evolución de la institución. Todo ello con muchos problemas histórico-críticos, como es propio de estos textos bíblicos. A continuación se ofrece brevemente una evolución posible, dividiéndolos en dos bloques; los que hablan del barbecho de la tierra y los que se refieren a la condonación de deudas y

del barbecho de la tierra y los que se refieren a la condonación de deudas y libertad de los esclavos. Sobre el año sabático del campo hablan Éxodo y Levítico: Éx 23,10-11 ordena el barbecho de la tierra cada siete años con la finalidad de que coman los pobres del pueblo, que dispondrán de lo que produzca la tierra espontáneamente ese año. Se fundamenta el mandato en el señorío de Dios sobre la tierra, que también debe observar el sábado; Dios no da la tierra al pueblo en propiedad absoluta sino en usufructo. Se trata de una norma agrícola sensata, que cada uno puede seguir a su propio ritmo, es decir, no hay un año sabático para todos a la vez. Esto asegura el que se siga produciendo y haya bienes. Es difícil determinar la época, pero parece ser anterior al siguiente texto: Lev 25,1-7.18-22 establece que cada siete años, todos los campos *a la vez*, se queden en barbecho, sin sembrar ni podar las vides. A la pregunta de qué se come en el año séptimo, se responde que en el sexto la tierra producirá con abundancia para que no haya necesidad. Se da una definición sacral: *será como un sábado, un descanso absoluto de la tierra, un sábado en honor del Señor*. Se motiva en el dominio universal del Señor, del que el pueblo judío es testigo en el mundo y, además, en las necesidades de la misma tierra y en las de los que la trabajan. Este texto pertenece a una época en que el sábado es signo de identidad, el destierro o la época persa. Se trataba de una visión idealista, poco realizable, aunque los judíos amantes de la Ley se esforzarán por cumplirla. Realmente, si en el mismo año todos dejan de sembrar, ¿de dónde vienen los alimentos? Se dice que se almacene lo recogido en el año sexto, pero ¿todo el mundo tiene medios para almacenar los bienes del año sexto?

A pesar de las dificultades de tal año, hay testimonios de la época final del segundo Templo –entre el 164 a. C. al 68 d. C.– que atestiguan al menos siete años sabáticos respetados; en 1 Mac 6,49.53 se dice que Betsur se rindió a los sirios por ser sabático aquel año y no tener víveres almacenados. Igualmente Flavio Josefo recuerda que con frecuencia los judíos eran exonerados del pago de impuestos en el séptimo año¹. El historiador romano Tácito, por su parte, conoce la práctica y alude a ella con ironía, diciendo que los judíos prolongaban la pereza del día séptimo con un año séptimo².

Sobre esclavos y deudas hablan Éxodo y Deuteronomio: Éx 21,2 manda dejar libre al esclavo hebreo al séptimo año. En su origen no se refería a un año fijo para todos a la vez, sino que se ordenaba que un esclavo hebreo sólo se puede vender por seis años, al séptimo, a partir del momento en que comenzó la esclavitud, debe quedar libre; Dt 15,1-11 determina que cada siete años se

¹ *Antigüedades judías*, XI, 8, 5-6.

² *Liber Historiarum*, V, 4, 11-13.

perdonen las deudas. Por ello cualquier préstamo podía durar al máximo seis años. Parece que existió una práctica de este tipo, según la cual toda deuda sólo era por seis años, a partir del momento en que se contraía. Dt idealiza la praxis con la institución de un año para *todos a la vez*, lo que implicaba que algunos se resistieran a prestar cuando faltaba poco tiempo. Dt no conoce el jubileo cincuentenario y esta ley es su equivalente.

Dt 15,12-18 es la continuación del texto anterior y ordena dejar libre al esclavo hebreo al séptimo año, varón o *mujer* (lo extiende a la mujer). Precisa además que no se le dejará marchar con las manos vacías. Fundamenta este mandato en la historia: ellos han sido liberados por Dios y deben recordar lo que Dios hizo con ellos. Y una última precisión: deja al esclavo la libertad de quedarse en casa del amo, si le va mejor. Pero el cumplimiento de estos mandatos fue generalmente deficiente, especialmente cuando se convierte en año para todos a la vez. Jer 34,8-16 se queja de que algunos vuelvan a reducir a esclavitud a personas que antes habían liberado bajo la presión del rey. Con todo, como hemos visto arriba, el año sabático de la tierra, se observó durante algunas épocas, especialmente en tiempos de exaltación «nomista», como fue la de los macabeos.

Año jubilar: sólo se habla en el Lev 25,8-17. Algunos creen que se trata de una elaboración tardía, obra del sacerdocio de Jerusalén, para hacer más eficaz la ley del año sabático, que casi siempre era incumplida. Se funda también en el recuerdo de lo que Dios ha hecho: «*él te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud*». Dios quiere un pueblo libre y liberador. En este texto se manda que, después de siete semanas de años, a partir del Día de la Expiación, se toque el cuerno (en hebreo *yobel*, de donde viene la palabra jubileo) y se proclame el «año santo», que implica *liberación* para todos los habitantes: se perdonan las deudas, los campos hipotecados se recuperan y los esclavos hebreos obtienen la libertad; igualmente se establece el barbecho del campo. Se puede resumir en 25,10: personas y cosas vuelven a su propiedad y a su familia. Se trata de todo lo *hipotecado* por necesidad, no de lo vendido *libremente*, es decir, afecta a la persona que se podía ver obligada a vender su libertad o sus bienes. En este caso, existía la obligación de rescatar por parte del *go'el* o *redentor*, pero, si éste no lo realizaba o no podía realizarlo, en el año jubilar quedaba libre. La razón es defender la libertad del pueblo de Dios y el que tenga bienes para vivir dignamente como pueblo de Dios. Todo es de Dios, que lo da en usufructo. Por los datos que tenemos, la legislación jubilar nunca se llevó a cabo. Es más bien una propuesta utópica del clero de Jerusalén que intenta describir un ideal al que debe caminar el pueblo de Israel. Realmente un jubileo cincuentenario tiene poco de humanitario, especialmente para el esclavo que tenga que esperar 48 años si perdió la libertad inmediatamente después de un jubileo, a diferencia de la remisión sabática, de Dt 15,12-18, que no conoce el jubileo.

Después de esta breve alusión al año sabático y al año jubilar, se puede entender mejor el texto citado por Lc, Is 61,1-2. Es un texto que pertenece al llamado Isaías III, de la época persa, posterior a los anteriores. En él se anuncia el renacer de la comunidad repatriada con la imagen de la liberación de esclavos y del año de gracia. El uso de estas imágenes es interesante, en cuanto que alude a imágenes conocidas, que se consideran adecuadas para presentar un futuro de esperanza. E implícitamente implican que el año de gracia y de liberación era algo lejos de la realidad, pero que en la conciencia colectiva popular se seguía esperando. San Lucas lo cita libremente, según los LXX, suprimiendo algunas frases y añadiendo otras³. La adición de Is 58,6 se refiere también a los contenidos del año jubilar: «¿No es éste el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad, soltar las coyundas del yugo, *dejar ir libres a los oprimidos*, y romper todo yugo?». Realmente, Jesús no pudo *encontrar* casualmente este texto, pues no existe como tal en Isaías, ya que es una composición de Lc, en la que quiere sintetizar los contenidos del año jubilar cumplidos por Jesús⁴.

3. Jesús proclama el Año Jubilar

Después de esta breve ojeada al AT, podemos comprender el alcance de las palabras de Jesús: «Hoy se ha cumplido perfectamente»⁵. «Hoy» es un día que comienza con el bautismo de Jesús y comprende todo su ministerio. En este tiempo se ha cumplido de forma permanente y completa la promesa recordada. Y esto es así porque Jesús, con su ministerio, su muerte y resurrección, hace posible la *liberación radical*, la ἀφεσις de los pecados.

Como hemos visto, en los textos sabáticos y jubilares la palabra clave es *liberación*, en hebreo *d'ror*, (*remisión* de deudas, *manumisión* de esclavos, *amnistía* de condenados); cuando se traduce al griego, los LXX eligen la palabra ἀφεσις, que aparece dos veces en la traducción del texto de Is 61,1-2, tal como lo cita Lc: me ha enviado a proclamar la *liberación* a los cautivos, (a dar la *libertad* a los oprimidos). En ambos casos Lucas emplea ἀφεσις, como en los LXX, pero, a la luz del contexto, le da un sentido profundo, liberación radical,

³ Omite de Is 61,15, 12-18: «a vengar a los quebrantados de corazón», y al final: «y el día de venganza de nuestro Dios». Añade, tomado de Is 58,6, «para dar la libertad a los oprimidos».

⁴ Por ello no tiene sentido explicar la segunda parte de esta escena (Lc 4,22b-30), en que el pueblo reacciona negativamente, como indignación de los oyentes porque ha omitido al final de la cita la alusión a la venganza de nuestro Dios. La escena, tal como aparece en Lc, es obra del evangelista, inspirada en Mc 6,1-6a, y pretende presentar plásticamente una síntesis de la obra de Jesús: proclama el año de gracia; primero se admiran y después le rechazan y le quieren despeñar, pero él *sigue su camino* (véase el tema del camino, tan importante en la teología de Lc).

⁵ Σήμερον πεπλήρωται ἡ γραφή αὐτῆ ἐν τοῖς ὤσιν ὑμῶν.

es decir, perdón de los pecados. Se trata de un sentido que no ha tenido en el griego hasta ahora. En el griego profano, en general, ἀφήμι significa dejar, dejar libre a alguien, enviar, liberar de una deuda, perder, descuidar. Lucas aplica la palabra al perdón, porque lo concibe como una liberación radical del corazón.

Esto hará posible la realización de los objetivos del año jubilar. Realmente la institución del Año Sabático y Jubilar no se había podido conseguir porque los hombres tenían un corazón de piedra, incapaz de compartir y perdonar. Jesús trajo la liberación radical que lo hizo posible. Por ello subraya que el que ha recibido el perdón de los pecados tiene la obligación de trabajar en todas las liberaciones externas; es decir, la palabra ἄφεσις no pierde su significación primitiva, liberación de deudas, de cárceles, sino que se inserta en un contexto teológico más profundo: Jesús comienza liberando a la persona interiormente con el perdón de los pecados y esto implica convertirse ella también en liberadora. Así será posible realizar los objetivos del Año Jubilar. Veremos cómo Lc explicita estos diversos elementos: salvación-liberación como tema fundamental de Lc-Hch, perdón de los pecados como quinta esencia de la salvación, liberación de los pobres, austeridad, relativización de los bienes. La Iglesia primitiva es legítima porque comparte, viviendo las exigencias del Jubileo.

4. La salvación, tema fundamental en Lc-Hch.

La salvación es uno de los temas más importantes de la teología lucana, como aparece a la luz del vocabulario y de los sumarios. Proporcionalmente Lc-Hch, solo, emplea más veces el vocabulario de salvación que el resto del NT⁶. Igualmente, en los sumarios se resume la obra de Jesús y la actividad apostólica como salvación⁷. Por ejemplo, los ángeles anuncian a Jesús, resumiendo su misión: «Hoy os ha nacido un *Salvador, que es el Mesías, el Señor*» (2,11). Jesús justifica su postura ante Zaqueo y resume su misión, diciendo: Hoy ha venido la *salvación* a esta casa, ya que él también es hijo de Abraham; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a *salvar* lo que se había perdido (19,9s). Al terminar de narrar el primer discurso de Pedro, después de Pentecostés, Lc

⁶ Cf. A. GEORGE, *Le vocabulaire de salut*, 307.

<i>sozein</i>	17x en Lc,	13x en Hch,	(= 28,30%),	76x el resto del NT	(= 71,69%)
<i>diasozein</i>	1x	5x	(= 80,00%),	2x	(= 20,00%)
<i>soter.</i>	2x	2x	(= 16,66%)	20x	(= 83,33%)
<i>soteria</i>	4x	6x	(= 22,22%)	35x	(= 77,77%)
<i>soterios</i>	2x	1x	(= 60,00%)	2x	(= 40,00%)

26x 27x (= 28,19%) 135x (= 71,80%)

⁷ Cf. Lc 2,11; 4,18-21; 19,9s; Hch 2,47; 5,31; 13,23.26; 16,17; 28,28.

escribe: «el Señor iba agregando diariamente a los que *se salvaban*». Para Lc miembros de la comunidad son los que están en proceso de salvación (Hch 2,47). Jesús aparece así como respuesta a los deseos íntimos de toda la humanidad, judíos y gentiles. Ante el mundo judío Lc lo presenta como el cumplimiento de la salvación *jubil* prometida por el Padre y, ante el mundo gentil, como el que sale al encuentro de los deseos de salvación de todos los hombres, pues también para los gentiles es la salvación (Hch 2,39)⁸.

5. *Perdón de los pecados como quintaesencia de la obra de Jesús*

Dentro de la obra salvadora de Jesús, Lc subraya la importancia del perdón de los pecados, ἄφεσις τῶν ἁμαρτιῶν, hasta el punto de que con frecuencia resume con ello toda su obra⁹. Se trata de la salvación radical, que libera al hombre del corazón de piedra y le da un corazón nuevo, aspecto al que jamás llegan las salvaciones paganas. Ejemplo elocuente es el mandato misionero que da el Resucitado, que se concentra todo en el perdón (24,47): «Y les dijo: Así está escrito, que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día; y que en su nombre se predicara el arrepentimiento para *el perdón de los pecados* a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén». Lo mismo sucede en varios textos de Hch. Así, por ejemplo, Pedro, después de su primer discurso, responde a la pregunta que le hacen los oyentes sobre qué han de hacer: «Arrepentíos y sed bautizados cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para *perdón de vuestros pecados*, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2,38). Igualmente, Pedro resume la obra de Jesús ante el sanedrín: «A éste Dios exaltó a su diestra como Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento a Israel, y *perdón de pecados*» (Hch 5,31); y ante Cornelio: «De éste dan testimonio todos los profetas, de que por su nombre, todo el que cree en él recibe el *perdón de los pecados* (Hch 10,43). Por su parte, Pablo, en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, afirma lo mismo: «Por tanto, hermanos, sabed que por medio de él os es anunciado el *perdón de los pecados*» (Hch 13,38). Y más adelante, en su discurso ante Agripa y Festo, Pablo recuerda su vocación y el mandato que recibió del Señor de predicar a los gentiles (Hch 26,18): «...librándote del pueblo (judío) y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para que abras sus ojos a fin de que se vuelvan de la oscuridad a la luz, y del dominio de Satanás a Dios, para que reciban, por la fe en mí, *el perdón de pecados* y herencia entre los que han sido santificados».

⁸ Cf. Inscripción de Priene y 4ª égloga de Virgilio; J. LEIPOLDT/W.GRUNDMANN (eds), *El mundo del NT*, II, 115-118.

⁹ Cf. Lc 1,77; 3,3; 4,18; 24,47; Hch 2,38; 5,31; 10,43; 13,38; 26,18.

Esta importancia aparece de forma plástica y concreta en los relatos en que Lc narra perdón de pecadores. Los pecadores aparecen en primer plano en la obra de Jesús y son unos de los grupos privilegiados de su obra. Se presenta a Jesús buscándolos (Lc 19,7), comiendo con ellos (Lc 5,29-31), perdonándolos (Lc 7,48-50; 22,61s; 23,42s), excusándolos (Lc 23,34) y llamándolos a su seguimiento (Lc 5,27s). En concreto, acepta participar en el banquete organizado por Leví, a quien acaba de llamar a su seguimiento, y ante las murmuraciones de fariseos y escribas declara: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. *Pues no he venido a llamar justos sino pecadores para que se conviertan*» (5,31). En el relato de Zaqueo (19,1-10) se explicita la conversión que busca Jesús. Jesús busca al pecador y se autoinvita a su casa.

Más explícita aparece esta motivación en las parábolas de la misericordia, expuestas ante las críticas de escribas y fariseos por invitar a su casa y a su mesa a los pecadores (15,1-2). Siguen las parábolas del buen pastor y de la dracma perdida, que no responden directamente a esta objeción, pero sí de forma indirecta, en cuanto que afirman el deseo divino de que los hombres se conviertan y reciban el perdón. Realmente la parábola que responde de forma directa es la del padre misericordioso, conocida como la del hijo pródigo.

Lc 7,48-50 narra la unción de una pecadora pública en casa del fariseo Simón. La misma colocación de este relato en este contexto es interesante, pues está al final de una agrupación de cuatro milagros con los que Lc quiere presentar de forma gráfica a Jesús como salvador, ofreciendo varios ejemplos: primero, la curación por su palabra del siervo del centurión; después, la resurrección del hijo de la viuda de Naín; a continuación, a modo de sumario, la embajada de Juan Bautista, preguntando por la identidad mesiánica de Jesús, a la que éste responde curando en aquel momento de todo tipo de enfermedades, y finalmente, como acción culminante, el perdón de una pecadora.

6. Liberación total

Ahora bien, la liberación radical implica un dinamismo liberador, que lleva a la liberación de todo tipo de esclavitud; la oferta de este perdón está asociada a la liberación de las demás esclavitudes. Por ello Lc une estrechamente los aspectos materiales y espirituales de la salvación. Así, en Hch 4,9.12, el verbo *salvar*, ζωσειν, se aplica tanto a la curación del tullido (*sanar*) como a la salvación escatológica en general (*salvar*):

«Se nos está interrogando hoy sobre el beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste ha sido *sanado*. Sabed todos vosotros, y todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis a quien Dios resucitó de entre los muertos, por El, este se halla aquí *sano* delante de vosotros. Este es la piedra desechada por vosotros los constructores, que ha venido a ser la piedra

angular. Y en ningún otro hay *salvación*, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos *ser salvos*» (Hch 4,9-12).

Igualmente en Lc 5,20-24 la curación del paralítico confirma el poder que tiene Jesús para perdonar pecados: «Conociendo Jesús sus pensamientos, respondió y les dijo: Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda?” Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): “A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”».

Estos diversos aspectos de la salvación se realizan a lo largo de las etapas del camino salvador, en un proceso *histórico-escológico*. Comienza en nuestra historia concreta, en la que ya irrumpe por los profetas (Lc 3,1-3), por Jesús y por la Iglesia, pero se consuma trascendiendo la historia humana, en la parusía de Jesús (Lc 21,28), que implicará la plena liberación: «Cuando estas cosas comenzaren a suceder, erguíos, levantad vuestras cabezas, pues llega vuestra *liberación*, (ἀπολύτρωσις)».

7. Los perdonados deben perdonar

Los que han sido liberados, deben liberar. Lc lo explicita en la oración del Padrenuestro, subrayando la universalidad del perdón que hay que dar: «perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos *a todo el que nos debe*» (Lc 11,4). Es un perdón sin límite: *si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve a ti diciendo: «me arrepiento», le perdonarás* (Lc 17,3b-4).

8. Los pobres y la salvación

La tarea de los perdonados es amplia. No se limita a las ofensas personales, sino que se extiende a las deudas materiales y a la lucha contra todo tipo de marginación. Todo liberado debe convertirse en *liberador* de toda opresión, injusticia y atadura que impida a los hombres vivir con la dignidad de hijos de Dios. Hay que ser liberador de los pobres, (anawim).

El concepto bíblico «anawim» es más amplio que el occidental «pobre», ya que éste se limita a la pobreza económica y material, mientras que el concepto bíblico abarca a todo el que se encuentra en una situación de debilidad, material, física, psicológica, social, y no se puede realizar como persona. De por sí, el concepto «anaw», no implica una faceta religiosa –confianza en Dios–. Es un grupo amplio a los que se alude en Lc cuando se habla de los *miserables, mendigos, humillados, hambrientos, lisiados, cojos, mancos, viudas necesitadas*,

*mujeres estériles*¹⁰. A éstos Dios les ha prometido la salvación. Fueron los destinatarios privilegiados de la obra de Jesús¹¹ y deben serlo de sus discípulos hasta el punto de que este hecho los legitimará como tales. La razón es teológica: no hay que liberar a estos miserables porque confían en Dios, sino, confíen o no, porque Dios no quiere la marginación injusta ni este tipo de carencia, muchas veces creada por el egoísmo de los hombres, y promete la salvación a estos pobres (Lc 1,53), en el presente, urgiendo la cooperación de los hombres, cuyas obras en favor de los necesitados serán recompensadas por él (Lc 14,13), y, en el futuro, compensando esta situación, como aparece en Lc 16,20, según el cual habrá un cambio total de suerte de ricos y pobres en la otra vida. Esta tarea implica, en primer lugar, no ser injusto, y si se ha sido, repararlo adecuadamente. Es lo que hace Zaqueo (Lc 19,8).

9. *Compartir los bienes*

Junto a esto está el *compartir*: «la mitad de mis bienes doy a los pobres», dijo Zaqueo. Lc da mucha importancia a este aspecto. Polemizando con el sistema pagano de salvación, que fundamenta la existencia y la seguridad en los bienes, afirma que la plena salvación y la verdadera seguridad existencial está en el cielo; por ello, hay que vender y compartir los bienes con los miserables para tener allí un tesoro¹², siendo ricos para Dios y recibir la vida eterna. En 12,21 Jesús nos invita a *ser ricos para Dios*; ahora bien, un poco más adelante se explica (12:33): «Vended vuestras posesiones y dad limosnas; haceos bolsas que no se deterioran, un tesoro en los cielos que no se agota, donde no se acerca ladrón ni la polilla destruye. 34 Porque donde esté vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón».

La actitud del discípulo ha de ser la de donación constante y total, pues Jesús ordena (6,30): «A todo el que te pida, dale, y al que te quite lo que es tuyo, no se lo reclames». Lc emplea el imperativo presente, δίδου, estado de donación permanente y continua. (Mt en el lugar paralelo subraya la disponibilidad, empleando el imperativo de aoristo δός).

10. *Austeridad*

Esto implica austeridad. Una vida que no tiene como objetivo el acumular, sino el compartir, ha de ser una existencia que se contenta con lo necesario para

¹⁰ Cf. Lc 1,48.52.53; 6,21; 14,13.21; 16,20.22; 18,22; 19,8; 21,3.

¹¹ Cf. Lc 4,18; 7,22; 14,21; 16,20-25.

¹² Cf. Lc 12,33-34; 16,1-13; Lc 12,21; Lc 18,29s.

vivir. Lc la presenta como un valor positivo, obligatorio para todos los discípulos, que creen en Dios Padre y cuyo centro de interés ha de ser el Reino de Dios y no la inquietud por los bienes, que es propia de paganos: «Y dijo a sus discípulos: por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué habéis de comer; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir... Vosotros, pues, no busquéis qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni estéis ansiosos, porque todas estas cosas buscan los paganos; pero vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas. Más bien, buscad su reino, y estas cosas os serán añadidas» (12,22-31). La austeridad ayuda a vivir como hijo y como hermano, pues, como veremos más adelante, facilita la relación con Dios y con los hermanos.

11. *Cristianos empobrecidos*

Si Lc urge luchar contra la miseria, por otra parte relativiza esta situación cuando se sufre por ser discípulo. Por ello, en las bienaventuranzas, felicita a los empobrecidos, a los que pasan hambre y lloran por ser perseguidos a causa de Jesús y del Evangelio, a causa de su fidelidad a la fe (Lc 6,20-23). Si la connotación teológica ante la miseria es negativa, pues Dios no quiere esta situación, ahora es positiva, no por la situación misma de miseria, sino por la causa por la que se asume, la fidelidad a la fe. En un momento en que los cristianos son perseguidos, Lc los consuela, invitándolos a la alegría, primero, relativizando los bienes terrenos, que ciertamente ofrecen salvación, pero no dan *la* salvación absoluta, y, por ello, se pueden sacrificar en caso de exigirlo la fidelidad a la fe, y, en segundo lugar, a la luz de la ley de compensación (Lc 16,25), por lo que hay que alegrarse cuando se viva en una situación negativa y temer cuando se encuentre en una positiva (Lc 6,24-30), pues, de hecho, puede ser señal de infidelidad. Por ello, Pedro (Hch 12) y Pablo (Hch 28) tienen un *happy end*, pues acaban perseguidos y en prisión. Como es sabido, Hch tiene dos grandes partes, la primera protagonizada por Pedro y la segunda por Pablo. Cuando termina de hablar de Pedro en el cap 12, lo presenta perseguido en Jerusalén y huyendo. Final feliz. Igualmente termina el relato de Pablo dejándolo en la cárcel en Roma. Final feliz. «Dichosos vosotros cuando os persigan..., pero ¡ay de vosotros! cuando os alabaren los hombres...» (Lc 6,20-26).

12. *Riquezas y evangelio*

La necesidad de trabajar por un mundo más fraternal, en que se realicen las exigencias del año jubilar instaurado por Jesús, en el que se condonan las deudas, se comparte y se vive austeramente, explica el juicio negativo de Lc sobre las riquezas y los ricos. Las riquezas, de hecho, son un obstáculo en el seguimiento de Jesús y en la realización de su mensaje.

Jesús es enemigo de la riqueza, pero es amigo de los ricos, al igual que de todos los hombres, pues todos se encuentran bajo el pecado y están necesitados de su ayuda (Lc 5,32). Por ello acepta la invitación a comer que le hacen los ricos e incluso él mismo se autoinvita¹³, dialoga con ellos, los acepta en su seguimiento y se deja servir por ellos (Lc 8,3), pero a todos invita a la conversión, que implica restituir lo robado y compartir los bienes propios (Lc 9,1-10). Ante todos ellos actúa como profeta, exponiendo con libertad los valores del Reino, que revolucionan los mundanos, sin dejarse atemorizar por el poder humano¹⁴.

Pero es enemigo de la riqueza, a la que llama inicua (Lc 16,11) porque aliena al hombre y le hace vivir sobre falsas esperanzas, como puede verse en la parábola del rico necio (Lc 12,17-21). Las riquezas hacen al hombre avaro y esclavo¹⁵, le impiden oír la palabra de Dios, convertirse y seguirle, vigilar y esperar la parusía. Por ello es muy difícil que el rico se salve, aunque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios, como muestra el caso de Zaqueo. Veremos algunos textos significativos:

En la aplicación de la parábola de la semilla, se dice del tercer caso que las riquezas sofocan la palabra de Dios: «Lo que cayó entre los abrojos son los que han oído, pero las inquietudes, *las riquezas* y los placeres les van sofocando y no llegan a madurez (Lc 8,14). El cap 16 forma parte de la sección del camino y se puede titular: camino del compartir. Comienza con la parábola del administrador infiel, cuya enseñanza es una invitación a considerar los bienes presentes como ajenos, de otro, bienes en administración, que se nos quitarán y de los que tenemos que aprovecharnos del cara al futuro. Y termina con unas reflexiones: «Por tanto, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro? Ningún siervo puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (16,11-13). Los bienes terrenos son *injustos* y se oponen a los *verdaderos*; son *lo ajeno* que se oponen a *lo vuestro*. Para entender el alcance de «injusto» hay que verlo a la luz del contexto que lo emplea como sinónimo de *ajeno* y contrario a *verdadero* y *vuestro*. Verdaderos son los bienes del Reino, que responden plenamente a la naturaleza del hombre y al plan de Dios; bienes que realizan plenamente al hombre. Por ello son los bienes *nuestros*. Los bienes son injustos porque no son los que realmente nos realizan, son *ajenos*, hacen crear vanas esperanzas,

¹³ Cf. Lc 7,36; 11,37; 14,1; 19,5.

¹⁴ Cf. Lc 7,36-50; 11,37-54; 13,31-33; 14,1-24; 19,1-10.

¹⁵ Cf. Lc 12,15; 16,13.14.

son provisionales y se nos quitarán. Termina la aplicación con una afirmación tajante: *No podéis servir al Dios y al dinero*. El hombre está condenado a *servir*; pues bien, Dios y dinero exigen totalidad, de forma que no se puede compatibilizar el servicio de ambos. Para el discípulo Dios es el único absoluto al que se sirve con totalidad, el dinero es sólo una realidad relativa.

Continúa el texto refiriendo las burlas de los fariseos ante esta enseñanza: «los fariseos, que eran amantes del dinero, oían todas estas cosas y se burlaban de él(16,14-16). Jesús condena el mundo de valores de los fariseos. En su forma de pensar –y siguiendo el AT– la riqueza es signo de la bendición de Dios. Para Jesús no es así. Ha llegado el Reino de Dios, que se ha convertido en el valor absoluto que ha relativizado todos los demás valores. El dinero no es signo de la bendición de Dios.

Sigue la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (16,19-31), que consta de dos partes: la primera presenta un rico y un mendigo, el rico banquetea y lo pasa bien, el mendigo lo pasa mal. No se pone énfasis en el carácter bueno o malo de ambos personajes, sólo se insiste en su situación externa. Mueren y el rico es condenado y el mendigo es salvado. Y se da una razón –la Ley de Abraham– que parece un poco mecánica: «Pero Abraham le dijo: “Hijo, recuerda que durante tu vida recibiste tus bienes, y Lázaro, igualmente, males; pero ahora él es consolado aquí, y tú estás en agonía”» (16,25). La segunda parte explicita: lo que sucede es que las riquezas ciegan. Realmente la palabra de Dios tiene fuerza para convertir y salvar, pero el ciego se vuelve ciego y sordo. Por ello «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno resucita de entre los muertos» (16,31). Más adelante, en el relato de Zaqueo (19,8), se explicita qué es lo que hace la gracia de Dios: restituir y compartir.

Por estos peligros anejos a la riqueza, en su exhortación a la vigilancia, Lc pone en guardia ante ella: «Cuidad que no se emboten vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las inquietudes de la vida y venga aquel Día de imprevisto sobre vosotros como una trampa, porque vendrá sobre los que habitan toda la faz de la tierra (21,34s).

Para Lc rico es sinónimo de condenado, a la luz de la ley de la compensación. Se trata de un juicio práctico, no teórico, como muestra el caso de Ananías y Safira (Hch 5,1-11), en donde se afirma que no estaban obligados ni a vender ni a compartir: «Pedro dijo: Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo, y sustraer el precio del terreno? *Mientras estaba sin venderse, ¿no te pertenecía? Y después de vendida, ¿no estaba bajo tu poder?* ¿Por qué concebiste este asunto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios» (Hch 5,3-4).

13. La Iglesia primitiva es auténtica porque comparte

En su doble obra Lc, por una parte, presenta a Jesús como el que proclama y realiza el Año de Gracia y, por otra, la Iglesia, como comunidad que vive los contenidos del Año Jubilar y se legitima como Iglesia del Mesías. Esta es la finalidad de los dos primeros sumarios mayores de Hechos de los Apóstoles:

«Todos los que habían creído estaban juntos y tenían todas las cosas en común; vendían todas sus propiedades y sus bienes, y los compartían con todos, según la necesidad de cada uno. Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón...» (Hch 2,42-46).
 «La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes... No había, pues, ningún necesitado entre ellos, porque todos los que eran propietarios de terrenos o casas los vendían, traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles. Y era repartido a cada uno según tenía necesidad. Entonces José, quien por los apóstoles era llamado Bernabé..., como tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles» (4,32-37).

La comunidad *comparte*. La última razón es que tenía un solo corazón (expresión hebrea) y una sola alma (expresión griega equivalente), es decir, una *κοινωνία*, unión profunda cuya consecuencia es la comunión de bienes. Esta se presenta de dos formas concretas: por una parte, griega, y por otra, hebrea. En el mundo griego el ideal de la amistad consiste en la plena disponibilidad de los bienes: ninguno consideraba *suyo lo que tenía*. Cada uno *tenía* legalmente, pero no lo consideraba suyo y lo tenía todo disponible, aunque los cristianos no lo hacen simplemente como amigos sino como *creyentes* (2,44; 4,32). Por otra parte, venden y reparten y así no hay pobres entre ellos, realizándose el objetivo del Año Jubilar. La comunidad es auténtica comunidad del Mesías y signo del Reino presente *porque comparte y en ella no hay pobres*: «una Iglesia de Dios se reconoce en el hecho de que en ella no hay pobres»¹⁶. La presencia del Reino debe crear una comunidad unida, una comunión interna¹⁷, un bloque¹⁸, con un solo impulso¹⁹, con una sola alma y un solo corazón y esta unidad debe manifestarse externamente, especialmente en la oración y en el compartir los bienes, es decir, en la vida filial y fraternal. Lc presenta dos modos externos de compartir, uno griego y otro hebreo, a modo de ejemplo, en función de sus lectores hebreos y griegos, pero sin pretender canonizar ninguno de ellos.

¹⁶ J.DUPONT, RNT (1969) 897-915.

¹⁷ *κοινωνία* (Hch 2,32).

¹⁸ *ἐπὶ τὸ αὐτό* (Hch 1,15; 2,1.44): en la oración y en los bienes.

¹⁹ *ὁμοθυμαδόν* (Hch 1,14; 2,24.46; 5,12): en la oración y en los bienes.